

## CAPITULO III.

## LOS POETAS.

## § I. — Homero.

El destino providencial de la Grecia era civilizar el mundo por medio de las artes y del trabajo del pensamiento. Homero es el símbolo más brillante de esta misión. La antigüedad le veneró como á un dios (1); aún en los tiempos modernos no hay nombre más popular que el del cantor divino; su gloria y su influencia se han extendido de un extremo á otro de la tierra. Homero era para los antiguos algo más que un poeta; atribuíasele la concepción de la teogonía pagana (2); sus poemas tenían una autoridad sagrada, y siendo la religión el principio de todas las cosas, la *Iliada* y la *Odisea*, lo mismo que los Vedas y la Biblia, eran consideradas como la fuente de las ciencias, de las artes y de las leyes (3). No hay sistema filosófico que no se haya tratado de atribuir á Homero (4). Uno de los grandes historiadores de la Grecia

(1) Se le han erigido altares, AELIAN, V. H., IX, 15.

(2) HEROD., II, 53.

(3) JENOF., *Conviv.*, IV, 6. C. QUINCTIL., *Instit. Or.* XII, 11, 21.—BERNHARDY, *Grundriss der griechischen Literatur*, t. II, p. 44.

(4) Encontrábase en algunos versos el principio de los sistemas físicos de TALELES, de ANAXÁGORAS y de HERÁCLITO. SÓCRATES era el discípulo de Homero; PLATÓN le debía sus ideas sobre la naturaleza del alma. Los Estóicos sostenían que despreciaba el placer y que no estimaba más que la virtud, y que la prefería á la inmortalidad. Los Epicúreos reivindicaban como uno de los suyos al poeta que había cantado la felicidad de un pueblo que vivía entre los cánticos y los fes-

ha creído encontrar en el héroe de la *Odisea* el tipo del hombre político (1). Diríase que la inteligencia humana buscaba en el poeta revelador títulos de legitimidad. Hay una ciencia que por su naturaleza tiene pocas relaciones con la poesía, que tal vez por esta razón fué descuidada por un pueblo en el que la imaginación era la facultad dominante; sin embargo, los graves jurisconsultos de Roma consideraban las epopeyas homéricas (2) como una autoridad. Se ha criticado á Estrabón su preocupación en favor de Homero (3); pero el célebre geógrafo no es más que el órgano de un sentimiento general. La veneración hacía el poeta era tan grande, que los testimonios esparcidos en sus versos fueron invocados para decidir diferencias entre las ciudades respecto á la legitimidad de una posesión territorial (4). Los legisladores buscaban en la *Iliada* y la *Odisea* un apoyo para los principios de moral y de política que querían extender por el pueblo (5); los conquistadores tomaban de allí lecciones y consejos (6).

La humanidad no ha cesado de prodigar testimonios de entusiasmo al poeta, á quien honra con el título de divino. Cuando se trata de Homero, las expresiones más exageradas de admiración son la inspiración de un sentimiento verdadero. El escéptico *Montaigne* se admira ingenuamente de que «aquel que ha producido y

tines. Los Peripatéticos probaban que el autor de la *Iliada* establecía tres clases de bienes. En fin, hasta la Academia creía hallar en los poemas de Homero el principio de la duda (SENECA, *Epist.*, 88.—BROUWER, *Hist. de la civilización moral y religiosa de los Griegos*, t. III, p. 49-51.—BRUCKER, *Hist. crit. Phil.*, Pars. II, lib. I, c. 1, § 32).

(1) POLYB., XII, 27, 10, 11.

(2) ¿El cambio es una venta? Los jurisconsultos que sostenían la afirmativa citaban en apoyo de su opinión los versos de la *Iliada* en que el poeta habla del comercio por cambio (*Gaj.*, III, 141; c. § 2, *Inst.*, XXIII, 2. Véanse otras citas de HOMERO en el § 1, *Inst.* II, 7; § 1, *Inst.* IV, 3).

(3) ESTRABÓN consagra casi todo el primer tomo de su obra á combatir á Eratóstenes que se había atrevido á calificar de ficción la geografía homérica; recurre á las más forzadas interpretaciones para poner una obra de imaginación en armonía con la realidad de las cosas.

(4) BROUWER, *Hist. de la civiliz. gr.*, t. III, p. 48 y sig.

(5) PLUTARCH., *Lycourg.*, 4.

(6) Dos versos de la *Odisea*, que Alejandro creyó oír en un sueño, le decidieron á construir á Alejandría en la admirable situación que le aseguró la factoría del comercio del Oriente y del Occidente (PLUTARCH., *Alex.*, 26).

acreditado en el mundo muchas deidades por su autoridad, no ha alcanzado categoría de Dios» (1). Sin embargo, si hubiésemos de creer á algunos sabios críticos ese culto se dirigiria á un falso idolo; segun ellos no ha existido Homero, y las poesías que llevan su nombre son obra de no sabemos cuántos rapsodas. Se ha dicho con razon que esta hipótesis, sostenida con admirable ciencia por los filólogos alemanes, jamas hubiera podido nacer en el espíritu de un poeta (2). Creeríamos cometer un sacrilegio despojando al género humano de un nombre que representa lo más bello que ha producido la imaginacion humana. Más verdad se encierra en las fábulas extendidas por los antiguos sobre Homero que en las más sábias investigaciones de los críticos. Sabida es la célebre contienda de las ciudades griegas que se disputaban el honor de haber producido al mayor de los poetas. Las pretensiones se extendieron con la gloria de Homero; al poco tiempo no hubo pueblo bárbaro (3) que no quisiese rivalizar con Esmirna, Chios ó Atenas: la Italia, el Egipto, la Siria, la Persia, la India, entraron en la contienda. Estas extravagancias inspiraron á un filósofo una frase profunda: Proclo dice que sería más sencillo llamar á Homero el ciudadano del mundo. En efecto, Homero es el órgano de la humanidad. Hemos creído encontrar en sus poemas el cuadro fiel de los tiempos heroicos, y esta edad es la de la fuerza bruta en lucha con los primeros gérmenes de civilizacion. ¿No será, pues, Homero más que el pintor de las costumbres bárbaras de la Grecia primitiva? Por este título apénas mereceria la admiracion universal que le han tributado lo mismo la antigüedad que los pueblos modernos. Para que el género humano se haya inclinado ante el autor de la *Iliada* es menester que haya mezclado á sus narraciones

(1) MONTAIGNE, *Ensayos*, II, 36.

(2) BULWER, *Athens*, I, 8, 3.—SCHILLER y GOETHE se han declarado abiertamente contra el sistema de Wolf (GOETHE, *Briefwechsel mit Schiller*, t. IV, p. 170, 207, 208.—GOETHE, *Werke*, t. II, p. 270; t. XXVII, p. 385; t. XXXIII, p. 49, edic. de 1840); los filólogos mismos han acabado por abandonarlo (MÜLLER, *Gesch. der griechischen Literatur*, t. I, p. 107-110.—ULRICI, *Geschichte der hellen. Dichtkunst*, t. I, p. 213-269).

(3) Si hemos de dar crédito á DION CHRYSÓSTOMO, los Borystenitas, que vivian en medio de los Bárbaros, sabian casi todos de memoria á Homero, y le adoraban casi como á una divinidad (*Orat.* XXXVI, p. 439, D., ed. Morell).

una inspiracion individual superior á la barbárie de que trata. Todos los grandes poetas se anticipan á su siglo por el poder del sentimiento (1). Así es Homero: el que ha inmortalizado á guerreros medio salvajes, se distingue principalmente por su humanidad.

La *Iliada* entera es una gran leccion de moderacion, de dulzura y de caridad (2). El poeta canta la cólera de Aquiles, que causó tantas desgracias á los Aqueos. Pinta admirablemente las pasiones violentas de sus personajes; pero no se hace esperar la expiacion. Aquiles, ese héroe á quien el destino no habia concedido sino muy corta existencia, pero gloriosa, vivió lleno de tristeza. Y es que no hizo caso de los sabios consejos que le dió Peleo, su padre, cuando le envió al sitio de Troya: «Hijo mio, le decia, Minerva y Juno te darán el valor si tal es su deseo; pero tú domina en tu seno tu alma orgullosa; es siempre preferible la humanidad» (3). Agamenon confiesa que ha sido culpable cediendo á su furor; quiere hacer ceder á su rival por medio de presentes. Entónces el viejo Fénix, que educó á Aquiles, trata de vencer su obstinacion: «Los dioses mismos se dejan doblegar, y sin embargo, nos aventajan en fuerza, en gloria y en poder. Los suplicantes los aplacan por medio de sacrificios, de oraciones agradables, de libaciones y del humo de los altares. Las Oraciones son hijas del gran Júpiter: cojas, con la frente arrugada, alzando apénas una humilde mirada, marchan con inquietud siguiendo los pasos de la Falta. La Falta, poderosa y ágil, las precede, recorre toda la tierra y ultraja á los hombres. Pero las Oraciones vienen detras curando los males que ha causado. El que respeta á las hijas de Júpiter, cuando se aproximan á los mortales, encuentra en ellas un poderoso auxilio; ellas hacen que los dioses atiendan sus de-

(1) Erhebet euch mit kühnem Flügel  
Hoch über euren Zeitenlauf!  
Fern daemmere schon in eurem Spiegel  
Das kommende Jahrhundert auf.

SCHILLER, *Die Künstler*.

(2) HERDER, *Ideen zur Geschichte der Poesie und bildenden Kunst*, núms. 5, 7—*Ueber die Humanität Homers in der Iliade*.

(3) ILIAD., IX, 252 y sig. (traduccion de MONTBEL y de BARESTE).

seos. Pero si hay alguno que las desprecie, que con un corazón inflexible las rechace, suben hacia el hijo de Saturno, y piden que la Falta siga los pasos de aquel hombre y que las vengue castigándole» (1). La Falta sigue los pasos de Aquiles; la muerte de Patroclo pone fin á su ira. Deplora el funesto efecto de su resentimiento: inútil carga para la tierra, desea la muerte, puesto que no ha podido salvar la vida á su compañero: «¡Ah! ¡que acabe la discordia entre los dioses y entre los hombres, y que acabe también la cólera que hace vengativo al hombre más prudente, la cólera que destila como dulce miel, y que semejante al humo, nace y va siempre creciendo en el pecho de los mortales!» (2).

La humanidad de Homero se manifiesta, sobre todo, en su manera de mirar la guerra. Los Griegos de la edad heroica no tenían ya el fanatismo de los combates; ya desde entonces manifestaban una predilección por las dulces ocupaciones de la paz. Estos sentimientos están más pronunciados en el poeta, y tal vez la humanidad de Homero se ha reflejado muchas veces en los rudos héroes de sus cantos. No hay pintura más interesante de los males de la guerra que la despedida de Andrómaca y Hector (3). La triste condición de los vencidos, las miserias de la esclavitud abrumadora de los seres queridos, la felicidad de las familias desvanecida, tales son los cuadros que se presentan sin cesar en la *Iliada*. Estas consecuencias inevitables de las guerras antiguas están siempre presentes en el espíritu del poeta. Canta el furor de los combates, pero su alma está herida por estas horribles escenas: «Los guerreros se precipitan en medio de la pelea y desean inmolarse unos á otros con el agudo bronce. El campo de batalla está erizado de largas lanzas que desgarran las carnes y arrancan la vida; deslumbra la vista el brillo del bronce que resplandece en los bruñidos cascos, en las brillantes corazas y en los fulgurantes escudos de todos estos guerreros que avanzan juntos. ¡Ah! sin duda alguna que tendría una alma bien dura aquel que se regocijase de semejante espectáculo y que no lo deplorase» (4). Las guerras he-

(1) *ILIAD.*, IX, 158 y sig.; 496 y sig.

(2) *IBID.*, XVIII, 98 y sig.

(3) *IBID.*, VI, 487 y sig.

(4) *IBID.*, XIII, 337 y sig.

róicas habían cesado en la época en que Homero las hacía revivir en sus poemas; pero las armas que los griegos habían empuñado contra el enemigo común las volvieron contra sí mismos; la Grecia llegó á ser el teatro de las disensiones incesantes de sus hijos. Hay en la *Iliada* como un eco lejano de las convulsiones que acompañaron á la invasión Doria: «Aquel que se complace en las guerras intestinas y en las desgracias que acarrear, dice el poeta, está sin familia, sin leyes, sin hogar» (1).

Así Homero se lamenta de los combates que describe con un arte que le ha merecido el título de divino. Sí, hay una inspiración divina en sus poemas; resuena en ellos la voz de la humanidad que grita á los pueblos; la guerra es el mayor de los males, separa á aquellos á quienes Dios ha creado para amarse, cubre de sangre y de ruinas la tierra que merced al trabajo armónico de sus hijos debía ser una mansión de paz y de unión. En la época en que Homero cantaba la gran lucha de la edad heroica, el mundo entero era presa de la guerra; el alma dulce del poeta se veía precisada á lamentar los males que trae consigo. No habla jamás de los combates sin añadir que son un origen de lágrimas (2) para los pobres mortales. ¿Cómo habían de tener los hombres la esperanza de un porvenir pacífico, cuando los dioses mismos se gozaban en la mantanza? No pudiendo confiar el poeta, maldice; dirige sus maldiciones á la deidad que preside las batallas: «es un dios cruel, azote de los hombres, manchado de sangre, sin fe ni ley, detestado de Júpiter mismo que le ha dado el ser» (3).

Los sentimientos que inspiran á Homero contrastan con las costumbres rudas y casi salvajes de sus héroes. El vencedor no se contenta con su victoria, insulta al vencido; no basta la muerte á aplacar su sed de sangre, se encarniza con los cadáveres, los ultraja, los entrega á los perros y á los buitres. Homero deja caer sobre los muertos palabras de sentimiento, de alabanza, de conmiseración. En estos rasgos se manifiesta toda la dulzura, la delicadeza, la humanidad del alma del poeta. Los héroes que perecen en los combates

(1) *ILIAD.*, IX, 63 y sig.

(2) *IBID.*, III, 132 y sig.; V, 737; VIII, 388, etc.

(3) *IBID.*, V, 30 y sig.; 846.

le recuerdan la triste suerte de sus padres, de sus madres, de sus esposas. Simoisio sucumbe en un combate con Ajax: «Su madre le crió á orillas del Simois. ¡Ah! no pagó á sus padres queridos los cuidados de su infancia; su vida fué corta, murió herido por la lanza del terrible Ajax» (1). Fenops tenía dos hijos «nacidos en su vejez; encorvado bajo el peso de los años, no tiene otros hijos á quienes dejar sus riquezas. Diomédes los mata y no deja á su desgraciado padre más que lágrimas y sombríos disgustos. Fenops no verá á sus hijos volver vivos del combate; su herencia pasará á manos extrañas» (2). Ifidamas es muerto por Agamenon: «el infortunado, queriendo defender su patria, muere lejos de su jóven esposa, cuyas gracias y encantos apenas conocia» (3). El poeta prodiga principalmente á los jóvenes guerreros sus más graciosas imágenes. Compara al uno á «una adormidera que inclina su cabeza cargada de frutos y del rocío de la primavera»; al otro á «un fresno que en la cima de una elevada montaña es derribado por el hierro, y cubre la tierra con su verde follaje.» Euforbo es inmolado por Menelao: «á la manera como un jóven y hermoso olivo cultivado con cuidado por el hombre en un lugar solitario regado por abundantes fuentes extiende su verde follaje, y mecido por el soplo de los vientos se cubre de blancas flores, pero, si se desatan furiosos torbellinos, lo arrancan de cuajo y lo tienden en el suelo: tal Euforbo» (4)..... Muchos de los recuerdos que el poeta dedica á los moribundos; dice Herder, son tan íntimos, que podrian servir de epitafios si los pobres guerreros tuviesen una tumba ó una urna (5).

La mayor parte de estos tristes elogios se dirigen á los Troyanos (6). Sin embargo, la *Iliada* tenía por objeto inmortalizar el

(1) ILIAD., IV, 473 y sig.

(2) IBID., V, 152 y sig.

(3) IBID., XI, 221 y sig.

(4) IBID., VIII, 306 y sig.; XIII, 178 y sig.; XVII, 153 y sig.

(5) HERDER, *Über die Humanität Homers in der Iliade*.

(6) «El desgraciado Hippothoö cae, lejos de los llanos fértiles de Larissa. ¡Ah! no puede devolver á sus queridos padres todos los cuidados que le prodigaron; murió todavía jóven, vencido por la lanza del magnánimo Ajax» (ILIAD., XVII, 300 y sig.).—«Fetico, querido de Minerva, sabia ejecutar maravillosos trabajos; construyó para París aquellas naves, origen de tantos males, y que fueron fu-

valor de los Griegos; pero el gran poeta es hombre, y como tal, se compadece de las desgracias de los compañeros de Hector, que supieron defender durante diez años su patria contra la Grecia entera. Hay un abismo entre los sentimientos de Homero y las pasiones de sus héroes. Compárese la alegría salvaje que muestran sobre los cadáveres de los enemigos con las bellas palabras de Ulises, despues de su victoria sobre los pretendientes: «Nodriza, dice á Euriclea, encierra tu alegría en tu corazon y no lances gritos de triunfo. Es impío el insultar á hombres ya muertos. La justicia de los dioses ha castigado á estos pretendientes, á causa de sus iniquidades. No respetaban á nadie y no acogian jamas con benevolencia al que llegaba á pedirles hospitalidad; por su propia locura han perecido con una muerte cruel» (1). Estos sentimientos pertenecen más bien al poeta que á su héroe; respiran tan profunda humanidad, que casi harian atribuir la *Odisea* á una civilizacion más avanzada que la *Iliada*. Pero tambien en la *Iliada* se muestra una dulce compasion, aún cuando por razon de la naturaleza del poema desaparezca la individualidad del cantor para dejar dominar las pasiones de sus personajes. Aquiles se deja arrastrar por su cólera contra el cadáver de Hector; lo ata á su carro y lo arrastra alrededor de los muros de Troya. Homero se indigna de estos ultrajes, y hace intervenir á los dioses para ponerles un término. Los inmortales inducen á Mercurio á robar el cadáver del héroe. Este consejo disgusta á Neptuno, Juno y Minerva; éstos todavia conservan hácia Ilion, hácia Priamo y su pueblo el ódio que llenó su corazon el dia en que París los ofendió. Entonces Apolo reprende magníficamente á estas rencorosas divinidades: «Sois dioses crueles é inexorables. ¿No quemó Hector en vuestro honor sus toros más gordos y sus cabras más hermosas? Y ahora no quereis ni aún salvar su cadáver, ni devolverlo

nestas á los Troyanos y á él mismo, porque no escuchaba los oráculos de los dioses» (ILIAD., V, 59 y sig.).—«Axilo poseia grandes bienes en la soberbia Arisbea y era querido de todos los hombres; acogia sin distincion á los extranjeros en su morada situada cerca del camino; pero en aquel momento ninguno de sus huéspedes pudo arrancarle á la muerte exponiéndose por él» (ILIAD., VI, 12 y sig.).

(1) ODYS., XXII, 401 y sig.

á su esposa, á su madre, á su padre, á su hijo y á su pueblo para que le consuman sobre una pira y celebren sus funerales. Pero habéis decidido favorecer al cruel Aquiles, cuyo espíritu carece de equidad y cuyo pecho encierra un corazón inflexible. Semejante al león que cediendo á su furor, á su fuerza, y á su valor indomable cae sobre un rebaño para saciar en él su apetito, del mismo modo Aquiles renuncia á toda piedad; no conoce ya el pudor, ese sentimiento favorable á los humanos que lo observan y dañoso á los que lo han desechado de su alma. Muchas veces sucede que algún mortal pierde el sér que más quería, su hermano ó su hijo; sin embargo, cuando ha llorado largo tiempo pone un término á su sentimiento, porque los destinos han dado á los hombres un alma paciente en los dolores. Pero Aquiles, después de haber inmolado al divino Hecor, lo ata á su carro, y lo arrastra alrededor de la tumba de su fiel amigo. A la verdad que semejante encarnizamiento no es conveniente ni útil. Que tema, á pesar de su valor, excitar nuestra ira, puesto que en su furor ultraja así el polvo insensible» (1).

Este episodio nos muestra el genio de Homero bajo un aspecto característico. Juno y la diosa de la sabiduría alimentan un odio implacable contra todo un pueblo por una injuria personal. El poeta, por el contrario, olvida que los Troyanos son enemigos de los Griegos; Héctor ha muerto y no ve en él más que un hombre á quien es indigno ultrajar. Este sentimiento de humanidad, que hace callar á las malas pasiones de la venganza y del orgullo nacional, brilla todavía en la escena de la entrevista de Aquiles y Priamo, una de las más bellas de la poesía antigua. La antigüedad atribuía á Homero, si no la creación del politeísmo, al menos su desarrollo; en realidad no ha hecho más que dar una forma brillante á las ideas populares; él está por encima de esta concepción religiosa, es superior á las divinidades de la edad heroica. Los dioses violan sin escrúpulo los deberes más sagrados. Hércules mata á su huésped Ifito, y no por esto deja de ser recibido en el Olimpo. El poeta no teme reprobar el crimen del héroe; aún supone á los Inmortales ideas de justicia que no tienen: «El in-

(1) ILIAD., XXIV, 22 y sig.

sensato, dice, no temió la venganza divina; inmoló sin piedad á Ifito, á pesar de ser su huésped» (1). Por orden de Júpiter, Minerva excita á los Troyanos á romper el tratado que han celebrado con los Griegos y que habían puesto bajo la garantía de los dioses. Homero trata de insensato al guerrero troyano que cede á las inspiraciones de la diosa (2); pone en boca de Agamenon una viva reprobación de esta perfidia: «No, estos tratados no serán estériles, ni tampoco la sangre de los corderos, ni la fe jurada uniendo nuestras manos. Lo que Júpiter Olímpico no ha hecho hasta hoy lo hará en el porvenir; los Troyanos expiarán sus crímenes lo mismo que sus mujeres y sus hijos. Sí, yo lo siento en el fondo de mi alma, llegará un día en que perecerán la sagrada ciudad de Ilión y Priamo y el pueblo de Priamo. El hijo de Saturno, sentado en lo más alto de los cielos, en las regiones etéreas, Júpiter irritado de esta perfidia agitará su formidable égida sobre sus enemigos» (3). El perjurio de los Troyanos es para el autor de la *Iliada* la prenda segura de la victoria de los Griegos: «Júpiter no irá jamás en ayuda de la perfidia; los buitres devorarán las carnes palpitantes de aquellos que han sido los primeros en violar los juramentos» (4). Las palabras de Homero están en completa oposición con la conducta de los Inmortales. Troya, condenada á sucumbir al décimo año del sitio, no pereció ni más pronto ni más tarde porque los Troyanos quebrantasen el tratado; las divinidades que la protegen no se separan de su causa porque haya violado la fe de sus juramentos; y ¿cómo habían de echarle en cara los dioses enemigos un crimen de que ellos mismos eran los autores? (5). Homero es más religioso que los habitantes del Olimpo; no solamente merece el título de divino como el mayor de los poetas, sino también como órgano de la humanidad. Cantor de una edad en que predominaban la fuerza bruta y la astucia, condena los crímenes, deplora las desgracias, cuyo fin todavía no se atreve á esperar. Pero

(1) ODYS., XXI, 27 y sig.

(2) ILIAD., IV, 104.

(3) IBID., IV, 157 y sig.

(4) IBID., IV, 235 y sig., 270 y sig.

(5) BENJ. CONSTANT., *De la religion*, VII, 6.

estas maldiciones, estos gemidos, son acentos proféticos; algún día se cambiarán en cánticos de esperanza y de felicidad.

### § II. — Hesiodo.

Hesiodo comparte con Homero la gloria de haber dado una forma positiva á las creencias religiosas de los Griegos; el uno y el otro son poetas sagrados, pero representan sociedades esencialmente diversas. El cantor de la *Iliada* es el poeta de los siglos heroicos, mientras que el autor de *Las Obras y los Dias* no tiene una inspiración guerrera; la idea de la necesidad del trabajo es la que domina en sus poesías. ¿Es esta una reacción contra las violentas agitaciones de la edad heroica (1), ó representa el poeta á una raza más positiva que la que habitaba en la Jonia? (2). Sean las que fueren las causas que han influido sobre Hesiodo, es lo cierto que está profundamente convencido de que el trabajo es la condición de la existencia humana. No se cansa de repetir que «los dioses y los hombres odian al que vive en la ociosidad. La felicidad, dice, consiste en dedicarse á trabajos útiles que llenen los graneros; la actividad es honrosa, la ociosidad vergonzosa; la virtud y la gloria acompañan á las riquezas» (3).

Los Griegos han estimado siempre la fortuna. Los héroes la buscaban en el pillaje. Hesiodo reprueba la adquisición de bienes por medio de la violencia (4). Con él entramos en una nueva fase de la sociedad: la idea de la justicia reemplaza á la de la fuerza. El prestigio que rodeaba á los siglos heroicos se habia desvanecido. Conociase que la gloria de lejanas expediciones no compensaba las desgracias presentes, resultado inevitable de luchas incesantes. La pintura que Hesiodo hace de la edad de hierro, es un cuadro interesante de las miserias que las rapiñas de los guerreros traje-

(1) BENJ. CONSTANT, ha desarrollado esta hipótesis (*De la religion*, VII, 3).

(2) O. MÜLLER representa á Hesiodo como la expresión del genio beocio (*Geschichte der griechischen Literatur*, t. I, p. 135 y sig.).

(3) HESIOD., *Oper. et Dies.*, v, 303 y sig.

(4) IBID., v, 319 y sig.

ron sobre la Grecia: discordias universales, guerra de todos contra todos, ni fe, ni ley (1). En medio de esta disolución moral, la necesidad más imperiosa era el derecho, la justicia; y se manifiesta con energía en *Las Obras y los Dias*. Los males de la sociedad revelan al poeta el verdadero destino del hombre: «Hé aquí la ley que el hijo de Saturno ha dado á los mortales; que los animales salvajes se devoren los unos á los otros; la justicia no es para ellos. Pero á los hombres les ha dado la justicia, la mejor de todas las virtudes» (2). Para estimular á los Griegos al respeto del derecho, no encuentra Hesiodo otro medio que mostrarles la felicidad que acompaña siempre al cumplimiento del deber. «Los que hacen cumplida justicia á los extranjeros y á los ciudadanos, sin separarse jamás del derecho, ven florecer sus ciudades, gozan de una fecunda paz; jamás les envían los dioses la devastadora guerra. Jamás se ven los hombres justos atormentados por el hambre, consumen el fruto de sus trabajos en festines, la tierra les prodiga sus bienes, las encinas de las montañas les dan bellotas, las abejas miel, los rebaños lana, sus mujeres hijos semejantes á sus padres, sus riquezas son inagotables, como la tierra que las produce» (3). El poeta opone á la felicidad constante de los justos los males que son el patrimonio de los hombres injustos: «Si los poderosos, si los reyes que abusan de su poder no tienen por qué temer las leyes humanas, que teman la venganza divina, que no esperen ocultar su iniquidad á las miradas de los dioses; treinta mil centinelas inmortales, invisibles, presentes en todas partes, observan las acciones humanas. La Justicia es hija de Júpiter; si alguno la ofende, se queja al hijo de Saturno; la venganza alcanza á generaciones enteras. Muchas veces una ciudad entera sufre la pena de los crímenes de uno solo; son vencidos sus ejércitos, destruidas sus flotas y los pueblos perecen» (4).

Hay una semejanza sorprendente entre esta noción de la justicia y la que predomina en los libros sagrados de los Judíos. Hesiodo, como Moisés, quería moralizar á pueblos que apenas salían

(1) HESIOD., v, 174 y sig.

(2) IBID., v, 276-280.

(3) IBID., *Oper. et Dies.*, v, 225 y sig.

(4) IBID., v, 238 y sig.

de la barbarie primitiva. Estos hombres no temen más que los males inmediatos; no son sensibles más que á los placeres presentes. La justicia, considerada en sí misma, es una idea demasiado elevada para su grosera inteligencia; para que la observen es preciso que encuentren una ventaja material; el temor de un castigo terrible es lo que únicamente puede contener sus malas pasiones. No critiquemos en el poeta griego lo imperfecto de esta concepción; es el representante de la sociedad á que se dirigen sus enseñanzas; ha debido poner su moral al alcance de los hombres de su tiempo, así como el gran legislador de los Hebreos ha debido descender de las alturas de su teología para influir sobre un pueblo embrutecido por la servidumbre. El cristianismo mismo no ha hecho más que variar el lugar de la recompensa, dando al creyente como móvil supremo la esperanza del paraíso y el temor del infierno. ¿Qué importa que el hombre especule con los bienes de la vida futura ó con los de la vida actual? No por esto son ménos viciosos sus actos. Es menester que tanto la moral como la religión estén exentas de todo cálculo, es menester que la idea de pena y de recompensa desaparezca, al ménos en el sentido de que deje de ser el principio de nuestras acciones.

Para hacer completa justicia á Hesiodo, debemos insistir sobre su inquebrantable fe en la justicia. Confiesa que el hombre de bien sucumbe algunas veces; pero, dice, la justicia acaba siempre por triunfar de la injusticia (1). No dejaba de tener mérito el no desesperar de la justicia en una edad que el poeta mismo crítica como la edad de hierro. No creemos ya en la decadencia creciente de la humanidad; tenemos fe en el perfeccionamiento de la especie humana. Pero á veces los hechos vienen á desvanecer nuestras esperanzas; entónces la desesperación se apodera de los débiles, reniegan de sus creencias, y se entregan ó á la indiferencia y egoismo, ó á las supersticiones del pasado. Penetrémonos de la idea del derecho, y digamos con el poeta que la justicia triunfará: ¿no proviene de Dios, mientras que la injusticia proviene de los hombres?

Se ha censurado á Hesiodo que los consejos que da á los hombres para sus mutuas relaciones se fundan en el principio de uti-

(1) HESIOD., *Oper. et Dies.*, v, 210 y sig.

lidad: «Convida á tus festines á tu amigo, principalmente á los que viven cerca de tí; y cuando te suceda alguna desgracia verás á tus vecinos correr á medio vestirse en tu socorro. Ama á quien te ame, ayuda al que te ayude, da al que te dé, no des al que no te dé nada» (1). Esta es, al parecer, la moral del egoísmo, sobre todo si se la compara con la caridad cristiana. Pero si Hesiodo cae en un exceso, ¿no pecan por el exceso contrario los consejos evangélicos? Hay un lado verdadero en la moral prosáica del poeta griego, el principio del derecho, de la estricta justicia. Este sentimiento es el que falta á la caridad cristiana. Hay, pues, dos elementos que tener en cuenta, la abnegación y la idea de lo justo. Si se atiende exclusivamente al uno ó al otro, se llega ya al egoísmo ó ya á la abdicación de la individualidad humana.

La poesía de Hesiodo, poesía sin inspiración, que solamente se preocupa de los intereses positivos, debía tener poco atractivo para los Griegos, que en su orgullo aristocrático se creían con una misión más elevada que la del trabajo. Cleoménos expresó estos sentimientos diciendo que Homero era el poeta de los Espartanos y Hesiodo el de los ilotas (2). ¿Aceptarémos esta degradante apreciación? (3). Opondrémos al rey de Esparta una tradición que nos parece caracteriza mejor las tendencias de los dos poetas. Se los suponía contemporáneos y rivales en la gloria; se entabló una lucha entre ellos, y Hesiodo fué reconocido como vencedor (4). ¿Qué había, pues, en esta poesía prosáica que la hacia comparable á los cantos de Homero? La idea del derecho y de la paz: el que celebraba los tranquilos trabajos de la agricultura fué juzgado superior al cantor de las sangrientas luchas. Aceptamos la sentencia como una revelación de los destinos del género humano. La *Iliada*, considerada como epopeya guerrera, es el poema de lo pasado; las *Obras* y los *Días* son la profecía del porvenir. Este porvenir estaba bien lejano todavía cuando el poeta griego hizo el primer elogio del trabajo. Las ocupaciones materiales eran el des-

(1) HESIOD., v, 342 y sig.

(2) AELIAN., XIII, 19.—PLUTARCH., *Apophtegmn. Lac.*, Cleomen.

(3) Ha encontrado eco hasta en los tiempos modernos. Véase WACHSMUTH, *Hell. Alterth.*, t. II, p. 698.

(4) PLUTARCH., *Conviv. Sept. Sapient.*, 10.